

LA PRODUCCION CEREAL

No ha muchos años, se achacaba al agricultor español de rutinario y de atrasado en los procedimientos de cultivo y en sus artefactos; desde el año 1914, el labrador se ha reformado y hoy la industria agrícola está en vías notorias de progreso.

Tócanos ahora llamar la atención sobre la organización agrícola, especialmente sobre la administración de la economía del labrador, contabilidad que, de ser real y efectiva, hubiera evitado actualmente múltiples discusiones entre los productores y el Estado que debe velar también por los intereses de los consumidores. Efectivamente, se debate mucho sobre si la tasa impuesta al trigo es o no remuneradora. Asunto difícil de saber, porque ningún productor calcula el precio exacto a que le resulta la unidad producida en las regiones del Norte, donde la propiedad está súmamente dividida, donde los caracteres de la producción cereal son tan diversos y tan diferentes los modos de calificarse los productores, el precio a que resulta la unidad es súmamente variable de unos a otros. Naturalmente que, al hombre del campo que con sus yuntas y los hijos de su casa sin necesidad de jornaleros cultiva sus tierras, realizando con ahinco las labores correspondientes, producirá el trigo a precio súmamente distinto al del terrateniente que todas las faenas realiza con gente asalariada y hasta con artefactos y caballerías extrañas y este a su vez a precio distinto del de aquel otro que cultiva a medias con su

colono, de otra parte, siendo tan variadas las condiciones agronómicas de los terrenos hasta el punto que, en unos, con pequeños esfuerzos se cosechan cantidades crecidas, en tanto que en otras tierras, con esfuerzos mayores y persistentes y abonos múltiples la recolección es raquítica. Y es también muy distinto el precio de producción en el año que las lluvias sazonan en tiempo oportuno las entrañas de las glebas, de aquel otro año de lluvia escasa o tardía o en que las inclemencias del tiempo perjudican a los sembrados. Ante la multiplicidad de causas eficientes en la producción, es muy difícil establecer siquiera sea un promedio en el precio de la unidad que sirva de base para cálculos que bien organizados solucionen la cuestión de la imposición de una tasa lógica en el precio del trigo. La generalidad de los agricultores no lleva cuenta alguna del coste de su producción, la contabilidad de su economía es nula. Sabe que los abonos le cuestan caros, que el jornal de los braceros si es que los necesita están alzados, que las caballerías y los piensos tienen mucho valor, sabe, en fin, que toda la economía española ha experimentado un alza a la cual quiere acomodarse mediante la elevación lógica o desproporcionada de sus productos, pero no le exigen un detalle numérico de los gastos ocasionados por el cultivo de sus glebas, no lo sabe, «grosso modo» quizás, diga una cifra aproximada.

Mucho han adelantado los agricultores en los años últimos adquiriendo modernas máquinas que favorablemente modifican las condiciones del trabajo, pero están huérfanos de la base de toda pro-

ducción bien organizada, de la contabilidad detallada.

Y en estos años afortunados y prósperos, pletóricos de dinero que ingresa en sus arcas, quizás no se acuerden del ahorro para el día en que las múltiples circunstancias que influyen en la producción depriman y aminoren la abundancia actual, volviendo a los días de triste recordación.

Mejor organizadas las fábricas de harinas conocen a cada momento el precio de la unidad obtenida y los beneficios de su fabricación.

Ante la abundancia actual en que se encuentran trigueros y harineros, no es extraño que el consumidor, que al fin y al cabo es quien paga los vidrios rotos, se admire de que cada día se le haga más difícil la compra de pan excitando, al Gobierno a mantener una tasa razonada en trigos y harinas que le permitan proporcionarse el pan cotidiano a precio relacionado con las necesidades del día.

MIGUEL ANCIL